



**HONORÉ
DE BALZAC**

**El coronel
Chabert**

seguido de
El verdugo,
El elixir de larga vida
y La obra maestra desconocida

«¡Qué destino! [el del coronel Chabert]. Salido del hospicio de niños, vuelve a morir al hospicio de ancianos, después de haber ayudado en el intervalo a Napoleón a conquistar Egipto y Europa. ¿Sabe usted, querido mío —repuso Derville después de una pausa—, que existen en nuestra sociedad tres seres, el sacerdote, el médico y el hombre de justicia que no pueden estimar el mundo? Usan hábitos negros, sin duda porque llevan luto por todas las virtudes y por todas las ilusiones. Pero el más desgraciado de los tres es el procurador. Cuando el hombre va a buscar al sacerdote, lo hace impulsado por el arrepentimiento, por los remordimientos por creencias que le hacen interesante, que le engrandecen y que consuelan el alma del mediador, cuya labor no deja de ser agradable, pues tiende a purificar, a reparar y a reconciliar. Pero nosotros los procuradores vemos siempre repetirse los mismos malos sentimientos, sin que nada los corrija, y nuestros estudios son sumideros que no es posible sanear. ¡Cuántas cosas no he aprendido yo ejerciendo mi profesión! Yo he visto morir a un padre en un granero sin medio alguno de subsistencia, abandonado por dos hijos a los que había dado cuarenta mil francos de renta. Yo he visto quemar testamentos; yo he visto madres despojando de lo suyo a sus hijos, maridos robando a sus mujeres y mujeres matando a sus maridos, sirviéndose del amor que les inspiraban para volverles locos o imbéciles, a fin de vivir en paz con un amante. He visto madres que daban todos los gustos al hijo habido en el primer matrimonio, para acarrearle la muerte y poder enriquecer al hijo del amor. No puedo decirle a usted todo lo que he visto, pues he presenciado crímenes contra los cuales es impotente la justicia. Todos los horrores que los novelistas creen inventar están siempre muy por debajo de la verdad. Usted va a tener ahora el disgusto de conocer todas esas cosas allí —di-

jo señalando a París—; yo me voy a vivir al campo con mi mujer: París me causa horror.»

El coronel Chabert pertenece a las «Escenas de la vida privada». Esta edición incluye además: *El verdugo*, *El elixir de larga vida* y *La obra maestra desconocida* que pertenecen a los «Estudios filosóficos» de *La Comedia Humana*.

A la señora doña Ida del Chatelar, condesa de Bocarmé.

—Vaya, ya tenemos aquí a ese viejo moscardón del carrique.

Esta exclamación la lanzaba un pasante que pertenecía al género de los que se llaman en los estudios *saltacharcos*, el cual mordía en este momento con apetito voraz un pedazo de pan. El tal pasante tomó un poco de miga para hacer una bolita, la cual, bien dirigida y lanzada por el postigo de la ventana en que se apoyaba, rebotó hasta la altura de dicha ventana, después de haber dado en el sombrero de un desconocido que atravesaba el patio de una casa situada en la calle Vivienne, donde vivía el señor Derville, procurador.

—Vamos, Simonín, no haga usted tonterías a las gentes, o le pondré de patitas en la calle. Por pobre que sea un cliente, siempre es hombre, ¡qué diablo! —dijo el primer pasante interrumpiendo la adición de una memoria de costas.

El *saltacharcos* es, generalmente, como era Simonín, un muchacho de trece a catorce años, que se encuentra en todos los estudios bajo la dirección especial del primer pasante, cuyos recados y cartas amorosas le ocupan, al mismo tiempo que va a llevar citaciones a casa de los ujieres y memoriales a las audiencias. Tiene algo del pilluelo de París por sus costumbres, y del tramposo por su destino. Este muchacho es casi siempre implacable, desenfrenado, indisciplinable, decidor, chocarrero, ávido y perezoso. Sin embargo, casi todos los aprendices de pasante tienen una madre anciana que se alberga en un quinto piso y con la cual reparten los treinta o cuarenta francos que ganan al mes.

—Si es un hombre, ¿por qué le llama usted moscardón?
—dijo Simonín con la actitud de un escolar que coge al maestro en un renuncio.

Y reanudó su operación de comer el pan y el queso, apoyando el hombro en el larguero de la ventana, pues permanecía de pie con una pierna cruzada y apoyada contra la otra sobre la punta del zapato.

—¿Cómo podríamos fastidiar a este tipo? —dijo en voz baja el tercer pasante, llamado Godeschal, deteniéndose en medio de un informe que dictaba, teniendo a la vista un requerimiento compulsado por el cuarto pasante y cuyas copias habían hecho dos neófitos llegados de provincias—: *... Pero en su noble y benévola complacencia. Su Majestad Luis XVIII (ponedlo en letra ¿eh?), en el momento en que volvió a tomar las riendas de su reino, comprendió... (¿qué habrá comprendido este farsante?) la elevada misión a que estaba llamado por la divina Providencia... (admiración y seis puntos: en la audiencia son, a mi parecer, bastante religiosos para consentirlos), y su primer pensamiento fue, como lo prueba la fecha de la real orden adjunta, reparar los infortunios causados por los espantosos y tristes desastres de nuestros tiempos revolucionarios, restituyendo a sus fieles y numerosos servidores (esto de numerosos es una frase que ha de halagar al tribunal) todos los bienes no vendidos que se encontrasen, ya bajo el dominio público, ya bajo el dominio ordinario o extraordinario de la corona, ya, en fin, que se encontrasen entre las donaciones de establecimientos públicos, pues nosotros somos o pretendemos ser hábiles para sostener que tal es el espíritu y el sentido de la famosa y tan leal real orden dictada en...* Esperen ustedes —dijo Godeschal a los tres pasantes—. Este diablo de frase ha llenado el fin de la página. Pues bien —repuso mojándose con la lengua el dedo a fin de poder volver la espesa hoja del papel timbrado—, si quieren ustedes gustarle una broma, díganle que el principal no puede recibir a sus

clientes más que entre dos y tres de la madrugada. Veremos si así deja de venir ese importuno.

Y Godeschal reanudó la frase empezada.

—*Dictada en...* ¿Están ustedes? —preguntó.

—Sí, gritaron los tres copistas.

Todo marchaba a la vez, el informe, la charla y la conspiración.

—*Dictada en...* ¡eh!, ¡papá Boucard!, ¿qué fecha lleva la real orden? ¡Canastos!, ¡hay que poner los puntos sobre las íes! Así se llenan páginas.

—¡Canastos! —repitió uno de los copistas antes de que Boucard hubiera respondido.

—¡Cómo!, ¿ha escrito usted canastos? —exclamó Godeschal mirando a uno de los recién llegados con aire severo al par que chocarrero.

—Vaya si lo ha puesto —dijo Desroches, el cuarto pasante, inclinándose sobre la copia de su vecino—, ha escrito: ¡Canastos! con k, y *hay que poner los puntos sobre las íes*.

Todos los pasantes soltaron una sonora carcajada.

—¡Cómo! señor Huré, ¿toma usted canastos por un término de derecho, y dice usted que es de Mortagne? —exclamó Simonín.

—Raspe usted bien eso —dijo el primer pasante—. Si el juez encargado de este asunto viese una cosa semejante, diría que se burla uno del oficio, y nuestro principal se disgustaría. Vamos, señor Huré, no vuelva usted a cometer semejantes tonterías. Un normando no debe escribir nunca descuidadamente un informe, que es, por decirlo así, el *¡ar-mas al hombro!* de los curiales.

—*Dictada en...* ¿en? —preguntó Godeschal—. Pero, hombre, Boucard, dígame usted cuándo.

—En junio de 1814 —respondió el primer pasante sin dejar su trabajo.

Un golpe dado a la puerta del estudio, interrumpió la frase de este prolijo informe. Cinco pasantes provistos de

magníficos dientes, de ojos fijos y burlones y de melenudas cabezas, fijaron sus miradas en la puerta después de haber gritado todos con voz de chantre:

—¡Adelante!

Boucard permaneció con la cabeza sumida en un mon-tón de actas, llamadas *morralla* en términos curiales, y continuó haciendo la memoria de costas que le ocupaba.

El estudio era una gran pieza, provista de la clásica estufa que adorna todas las oficinas de la trampa. Los tubos que formaban la chimenea, atravesaban diagonalmente la habitación e iban a unirse a una cocinilla condenada, sobre cuyo mármol se veían diversos pedazos de pan, triángulos de queso de Brie, costillas de lomo, vasos, botellas y la jícara de chocolate del primer pasante. El olor de estos comestibles se amalgamaba tan bien con el tufo que despedía la estufa calentada desmedidamente y con el olor particular a las oficinas y a los papelotes, que la hediondez no se hubiera notado. El pavimento estaba ya cubierto por el barro y la nieve que habían llevado a él los pasantes. Cerca de la ventana se veía la mesa ministro del principal, a la cual estaba adosada la mesita destinada al segundo pasante. Éste se hallaba a la sazón, que serían las nueve o las diez de la mañana, en la Audiencia. El estudio tenía, por todo adorno, esos grandes carteles amarillos que anuncian los embargos de inmuebles, las ventas, los litigios entre mayores y menores, las adjudicaciones definitivas o preparatorias, toda la gloria, en fin, de los estudios. Detrás del primer pasante había una enorme estantería que cubría la pared de arriba abajo, y cada uno de cuyos compartimientos estaba lleno de protocolos, de los cuales pendía un número infinito de etiquetas y de cabos de hilo rojo, que daban un aspecto especial a todos aquellos expedientes. Los compartimientos inferiores de la estantería estaban llenos de cartones, amarillos por el uso, ribeteados de papel azul, y en los cuales se leían los nombres de los grandes clientes, cuyos sabrosos asuntos se resolvían en aquel momento. Los sucios

cristales de la ventana dejaban pasar poca luz. Por otra parte, en París existen pocos estudios donde se pueda escribir sin el auxilio de una lámpara en el mes de febrero antes de las diez: todo el mundo va allí, nadie permanece, y ningún interés personal está unido a lo que ya de por sí es tan trivial; ni el procurador, ni los clientes, ni los pasantes se preocupan de la elegancia de un lugar que para los unos es una clase, para los otros un pasaje y para el amo un laboratorio. El grasiento mobiliario se trasmite de procurador en procurador, con un escrúpulo tan religioso, que ciertos estudios poseen aún cajitas para los pabilos, carpetas antiguas de pergamino y cubiertas que provienen de los procuradores del Chlet, abreviación de la palabra Chatelet, jurisdicción que representaba en el antiguo orden de cosas al actual tribunal de primera instancia. Este estudio, oscuro y lleno de polvo, tenía, pues, como todos los demás, algo de repugnante para todos los clientes, y que constituía una de las horribles monstruosidades parisienses. Ciertamente que si las húmedas sacristías donde las plegarias se pesan y se pagan como si fueran mercancías, y si los almacenes de trapos viejos, donde flotan harapos que marchitan todas las ilusiones de la vida, mostrándonos el sitio adonde van a parar nuestras galas; si estas dos cloacas de la poesía no existiesen, repito, un estudio de procurador sería el más horrible de los establecimientos sociales. Pero lo mismo que en estos sitios, ocurre en las casas de juego, en los tribunales, en las administraciones de lotería y en todos los malos lugares. ¿Por qué? Sin duda en estos sitios, el drama, desarrollándose en el alma del hombre, contribuye a hacerle los accesorios indiferentes. Esto mismo podría servir también para explicar la indiferencia en el vestir de los grandes pensadores y de los grandes ambiciosos.

—¿Dónde está mi cortaplumas?

—Ahora estoy almorzando.

—Vaya, ya me ha caído un borrón sobre el informe.

—¡Chitón!, señores.

Estas diversas exclamaciones fueron lanzadas en el momento en que el anciano cliente cerraba la puerta con esa especie de humildad que caracteriza los movimientos del hombre desgraciado. El desconocido procuró sonreír, pero los músculos de su rostro permanecieron inmóviles cuando buscó en vano algunos síntomas de amabilidad en los rostros inexorablemente apáticos de los seis pasantes. Acostumbrado, sin duda, a juzgar a los hombres, se dirigió muy cortésmente al *saltacharcos*, esperando que aquel alfeñique le respondería con dulzura.

—Señor, ¿se puede ver a su principal?

El malicioso *saltacharcos*, sólo respondió al pobre hombre dándole golpecitos en la oreja con los dedos de la mano izquierda, como para decir: «Soy sordo».

—¿Qué desea usted, caballero? —preguntó Godeschal, el cual, al mismo tiempo que hacía esta pregunta, se llevaba a la boca un pedazo de pan, con el que se hubiera podido cargar una pieza de a cuatro, blandía su cuchillo y se cruzaba de piernas, poniendo a la altura de sus ojos el pie que tenía al aire.

—Señor mío, vengo aquí por segunda vez —le respondió el paciente—. Deseo hablar al señor Derville.

—¿Para algún negocio?

—Sí, pero sólo puedo explicárselo a él.

—Nuestro principal está durmiendo; si desea usted consultarle para algún asunto difícil, le advierto que sólo trabaja seriamente a las dos de la madrugada. Pero, si quiere usted decirnos lo que desea, podríamos tan bien como él...

El desconocido permaneció impasible y se puso a mirar modestamente en torno suyo, como el perro que, habiéndose introducido en una cocina extraña, teme recibir en ella algún golpe. Como consecuencia natural de su estado, los pasantes no tienen nunca miedo a los ladrones, no sospecharon, pues, del hombre del carrique, y le dejaron observar el local donde buscaba en vano un sitio para descansar, pues estaba visiblemente fatigado. Por sistema ya, los

procuradores dejan pocas sillas en sus estudios. El cliente vulgar, cansado de esperar de pie, se marcha gruñendo; pero nunca hace perder un tiempo que, según decía un viejo procurador, pasa de la marca.

—Caballero —respondió—, yo he tenido el honor de advertirle que no podía explicar mis deseos más que al señor Derville. Esperaré, pues, a que se levante.

Boucard había acabado de hacer la adición, y sintió el olor del chocolate; dejó su poltrona, se encaminó a la chimenea, examinó de arriba abajo al anciano, contempló su carrique y acabó por hacer una mueca indescriptible. Probablemente pensó que por mucho que se hiciese, sería imposible sacar un céntimo a aquel hombre, e intervino en la conversación con el propósito de desembarazar a su principal de un mal cliente.

—Caballero, le dicen a usted la verdad. Nuestro principal no trabaja más que por la noche. Si el asunto que usted trae es grave, le aconsejo que vuelva a la una de la noche.

El litigante miró al primer pasante con aire estúpido y permaneció inmóvil durante un momento. Acostumbrados a todos los cambios de fisonomía y a los singulares caprichos producidos por la indecisión o por la preocupación que caracteriza a las gentes pleitistas, los pasantes continuaron comiendo, haciendo tanto ruido con sus mandíbulas como el que deben hacer los caballos en el pesebre, y no se preocuparon más del anciano.

—Está bien, señor, vendré esta noche —dijo por fin el viejo, el cual, con esa tenacidad propia de los desgraciados, quería coger en renuncio a la humanidad.

El único epigrama permitido a la miseria es el de obligar a la justicia y a la benevolencia a denegaciones injustas. Cuando los desgraciados se han convencido de la perversidad de la sociedad, se cobijan más vivamente en el seno de Dios.

—¡Vaya un tipo más célebre! —dijo Simonín sin esperar a que el anciano hubiese cerrado la puerta.

—Tiene trazas de ser un desterrado —dijo uno de los pasantes.

—No, es algún coronel que reclamará atrasos —dijo el primer pasante.

—Pues yo creo que es algún antiguo portero —dijo Godeschal.

—¿Cuánto apostamos a que es noble? —exclamó Boucard.

—Yo apuesto a que ha sido portero —replicó Godeschal—; pues los porteros son los únicos seres dotados por la naturaleza de carriques usados, grasientos y deshilachados por abajo, como lo está el de ese buen hombre. ¿No se han fijado ustedes en sus botas rotas y en la corbata que le sirve de camisa? Estoy seguro que acostumbra a dormir debajo de los puentes.

—Muy bien podría ser noble y haber tirado del cordón —dijo Desroches—. Eso lo hemos visto más de una vez.

—No —repuso Boucard en medio de la risa general—, sostengo que ha sido cervecero en 1789 y coronel bajo la República.

—¡Ah! apuesto un espectáculo, para todo el mundo, a que no ha sido militar —dijo Godeschal.

—Aceptado —replicó Boucard.

—¡Caballero, caballero! —gritó el aprendiz pasante abriendo la ventana.

—¿Qué haces, Simonín? —preguntó Boucard.

—Le llamo para preguntarle si es coronel o portero; él seguramente debe saberlo.

Todos los pasantes se pusieron a reír. Cuando el anciano subía ya la escalera, Godeschal dijo:

—¿Y qué vamos a decirle ahora?

—Dejadlo de mi cuenta —respondió Boucard.

El pobre hombre entró tímidamente, bajando los ojos, sin duda para no revelar su hambre mirando con demasiada avidez los comestibles.

—Caballero —le dijo Boucard—, ¿quiere usted tener la amabilidad de decirnos su nombre, a fin de que el principal sepa si...?

—Chabert.

—¿El coronel muerto en Eylau? —preguntó Huré, el cual, como no hubiese dicho nada aún, deseaba añadir alguna nueva burla a todas las demás.

—El mismo, señor mío —respondió aquel desgraciado con pasmosa sencillez.

Y se retiró.

—¡Uf!

—¡Diablo!

—¡Ah!

—¡Ah!

—¡Caramba!

—¡Ah!, ¡el bribón!

—¡Anda, anda!

—Señor Desroches, irá usted al espectáculo de balde —dijo Huré al pasante cuarto, dándole en la espalda un puñetazo capaz de matar a un rinoceronte.

Aquello fue un torrente de risas, de gritos y de exclamaciones, para cuya pintura se podría emplear todas las onomatopeyas de la lengua.

—¿A qué teatro iremos?

—¡A la Ópera! —exclamó el primer pasante.

—Ante todo —repuso Godeschal—, he de advertir que aquí no se ha hablado de teatro, y, por lo tanto, si quiero, puedo llevarles a ustedes a casa de la señora Saqui.

—La señora Saqui no es un espectáculo —dijo Desroches.

—¿Pues qué es un espectáculo? —dijo Godeschal—. Establezcamos, en primer término, el objeto de la apuesta. Yo he apostado la entrada a un espectáculo. Ahora bien, ¿qué es un espectáculo? A mi modo de ver, es una cosa que se ve...

—Pero, según eso, usted podría librarse del compromiso llevándonos a ver cómo corre el agua por el Puente Nuevo —exclamó Simonín interrumpiéndole.

—Que se ve por dinero —dijo Godeschal continuando.

—Pero por dinero se ven muchas cosas que no son un espectáculo —dijo Desroches—, y, por consiguiente, la definición no es exacta.

—¿Pero, escuchen ustedes, señores!

—Vaya, vaya, no está usted en lo cierto, querido mío —dijo Boucard.

—¿No es Curtius un espectáculo? —preguntó Godeschal.

—No —respondió el primer pasante—, es un gabinete de figuras.

—Apuesto cien francos contra cinco céntimos —dijo Godeschal—, a que el gabinete de Curtius encierra un conjunto de cosas, al que puede llamarse espectáculo. Allí se pagan, por ver una cosa, diferentes precios, según los diferentes lugares que desea uno ocupar.

—Y cataplín, cataplán —dijo Simonín.

—Tú, ten cuidado que no te vaya yo a dar un cachete —dijo Godeschal.

Los pasantes se encogieron de hombros.

—Y después de todo, aun no está probado que ese imbécil no se haya burlado de nosotros —dijo Godeschal cesando en sus argumentos, ahogados por la risa de los demás pasantes—. En conciencia, el coronel Chabert está bien muerto, y su mujer se ha vuelto a casar con el conde Ferraud, consejero de Estado. La condesa Ferraud es una cliente de nuestro estudio.

—La apuesta queda aplazada para mañana —dijo Boucard—. A trabajar, señores. ¡Por vida de...! se pasa aquí el tiempo sin hacer nada. Acaben ustedes ese informe, que tiene que presentarse hoy en la Audiencia. ¡Vamos, a escape!

—Si ese señor fuese el coronel Chabert, ¿acaso no hubiera puesto la punta de su zapato en el trasero de ese desvergonzado Simonín cuando se ha atrevido a hacer el sordo? —dijo Huré considerando esta observación como más concluyente que la de Godeschal.

—Puesto que aún no está decidida la apuesta —dijo Boucard—, convengamos en apostar un palco segundo en los Franceses para ver a Taima en *Nerón*. Simonín irá al paraíso.

Y, dicho esto, el primer pasante se sentó a su mesa, y todo el mundo le imitó.

—*Dado en junio de mil ochocientos catorce.* (En letra —dijo Godeschal—, ¿estamos?)

—Sí —respondieron los tres copistas, cuyas plumas empezaron a arañar el papel timbrado, haciendo en el estudio el ruido de cien saltones encerrados por escolares en cucuruchos de papel.

—*Y esperamos que los señores que componen el tribunal* —dijo el improvisador—. ¡Alto! tengo que volver a leer la frase; porque yo no me entiendo a mi mismo.

—Cuarenta y seis... ¡Oh! eso le tiene que ocurrir a usted con frecuencia... y tres, cuarenta y nueve —dijo Boucard.

—*Esperamos* —repuso Godeschal después de haberlo leído todo—, *que los señores que componen el tribunal no han de ser menos grandes de lo que lo es el augusto autor de la real orden, y que harán justicia a las miserables pretensiones de la administración de la gran cancillería de la Legión de honor, fijando la jurisprudencia en el sentido amplio que nosotros establecemos aquí.*

—Señor Godeschal, ¿quiere usted un vaso de agua? —dijo el aprendiz.

—¡Este pillastre de Simonín! —dijo Boucard—. Toma, prepara las piernas, toma este paquete y lárgate a los Inválidos.

—*Que nosotros establecemos aquí* —repuso Godeschal—. Y añadid: *en interés de la señora* (con todas sus letras)